

Actitudes para un discernimiento comunitario en el Espíritu.

Introducción

Deseo que mis primeras palabras sean para expresar la gratitud más cordial a Caritas Española por la invitación a participar con esta exposición, en su 70º Asamblea General. Un saludo con todo cariño y admiración a Don Alfonso, a Rafael, a Vicente y a Sebas y en ellos a todos vosotros y vosotras Delegados en esta Asamblea.

Os confieso que me embarga un sentimiento de alegría, junto al temor de no estar a la altura de vuestras expectativas. Pero me da confianza vuestra generosidad y hablar del *discernimiento* que, de un modo u otro, todos practicamos desde la fe y desde nuestra vocación cristiana de servicio. Por lo demás, no puedo negar que la espiritualidad ignaciana ha supuesto en la historia de la Iglesia una contribución particular en el ámbito del discernimiento espiritual.

1. El desafío de elegir.

Seguramente, desde nuestras diversas experiencias vitales, profesionales y de servicio a la acción caritativa y social, todos compartimos que la necesidad de tomar decisiones es cada vez mayor, y sin embargo la capacidad para tomarlas ha disminuido notablemente. La necesidad es cada vez mayor por la frecuencia con que se producen, en lo personal y en lo social, los cambios culturales, sociales, laborales que afectan a nuestras vidas y a nuestra actividad. Y nuestra capacidad de decisión es cada vez mas reducida, no solo a causa de la creciente complejidad de los factores que intervienen y las incertidumbres sobre el futuro, sino de modo particular por el influjo creciente de la cultura postmoderna que llega incluso a formular como una utopía “la renuncia a la renuncia”.

Porque optar es precisamente renunciar, dejar de lado algo que podría ser prometedor, gratificante, enriquecedor en el futuro. Ahí está el problema. La sociedad actual nos invita a disfrutarlo todo sin renunciar a nada. Y nunca tuvimos a nuestra disposición tantas posibilidades para optar. Internet en los últimos años ejemplifica, quizás como ninguna otra cosa, esta nueva situación que experimentamos ¹. Esta situación no es ajena al ámbito de la acción sociocaritativa, que como reconocéis en Caritas “está sufriendo cambios de orden cualitativo y cuantitativo de profundo calado” ². Por ejemplo, en los últimos cuatro años se ha más que triplicado el número de personas atendidas, la Administración ha disminuido sus aportaciones económicas, una serie de reformas legislativas en vigor y otras en estudio, están impactando y van a impactar en las personas más vulnerables.

No obstante todo esto, no podemos vivir, a nivel personal y comunitario, sin elegir; nuestra existencia está salpicada de elecciones más o menos conscientes o irreflexivas. Y el grado de madurez humana se mide desde la capacidad de tomar decisiones que comprometan nuestra libertad. Lo mismo se puede decir de las instituciones. Si no marcan consciente y claramente el rumbo y la dirección en que quieren ir según sus

¹ Cfr Carlos Domínguez, *El sujeto que ha de elegir hoy...* en Manresa 73(2001)157

² Criterios de Discernimiento. Caritas Española, 2013, pag. 3

principios identitarios, y eso comporta opciones concretas, otros, el ambiente sobre todo, decidirán en su lugar; y sin darse cuenta, al cabo del tiempo estarán anquilosadas, sus actuaciones serán repetitivas y sin creatividad, ajenas a las verdaderas necesidades del momento presente, o recorriendo un camino lejos de sus principios originales.

Discernir según el Espíritu.

Se hace, pues, necesario que las personas y las instituciones, cualquiera sea el carácter de ésta, marquen el rumbo y tomen decisiones, conscientes del riesgo que ello comporta. Por eso las instituciones como los individuos recurrimos a todos los medios posibles para asegurar la buena elección, la acertada toma de decisiones; se consultan asesores y peritos, se acumula la mayor información posible. Se elaboran pautas y orientaciones, criterios de elección, etc. Incluso se recurre a una actividad que se denomina también *discernimiento*, y que la Real Academia define como “distinguir algo de otra cosa, señalando la diferencia que hay entre ellas. Comúnmente se refiere a operaciones del ánimo”. Se designa pues la capacidad y el efecto de distinguir bien las cosas con el raciocinio. Se criban, se separan; a unas se las consideran aptas para conseguir los objetivos que se pretenden y a las otras no, y en consecuencia se opta, se toma una decisión.

Pero no bastan las orientaciones y las pautas regladas según unos criterios elaborados desde los análisis científicos, sociológicos o en base a unas experiencias de buenas prácticas para orientar la toma de decisiones de las personas, las comunidades, los grupos y las instituciones que se definen como cristianas; las opciones cristianas deberían siempre estar iluminadas y guiadas por la luz del Espíritu y conformadas con los valores evangélicos. Se hace pues imprescindible la práctica no de un simple *discernimiento* sino de un *discernimiento según el Espíritu*, que conlleva una serie de exigencias específicas. Sin duda el discernimiento espiritual necesita del análisis de los datos de la realidad analizados y percibidos lo mejor posible; no los ignora ni los elimina, pero va más allá de este análisis. Detrás de los hechos y los acontecimientos concretos de las vidas y las instituciones, hay otros datos mucho más decisivos para nuestra toma de decisiones.

Discernir es pues, una necesidad permanente en una vida cristiana madura; se impone como una constante de la vida del cristiano para pasar de la edad infantil de la fe a la del hombre maduro. Y lo es en todos los ámbitos de la vida cristiana. Benedicto XVI dice en *Caritas in veritate*: “El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser ‘sazonado’ con la ‘sal’ de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor...” [30]. Se trata, pues, de que el hombre discierna y elija no con la sola luz de la razón y los medios humanos a su alcance, sino también con la luz del Espíritu que Jesús nos ha prometido: “Yo pondré en vosotros mi Espíritu...el Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas” (Jn 14,26).

Responder a una llamada de Dios

Vivir la vida como vocación.

Efectivamente, la complejidad de las situaciones en que es llamada la persona a vivir y obrar para llevar a término el plan de Dios, le impone una atenta consideración de los impulsos y de las motivaciones que le inducen a tomar determinadas opciones. Necesita esa sabiduría del Espíritu. Pero esta situación no es propia solo de cada persona en

particular; Dios llama a cada hombre, a cada mujer, pero también a cada grupo de personas reunidas en su nombre con una vocación particular, que se inserta en el contexto de la misión que El confía a su Iglesia³. Este es el presupuesto de fe del discernimiento espiritual. Creer que Dios tiene un proyecto, una vocación tanto sobre nuestras personas como sobre las comunidades o las instituciones que trabajan por el Reino.

Es, pues, una manera de vivir, una actitud fundamental que condiciona un modo de situarse ante la historia, ante la existencia, desde la fe en que Dios está presente en esa historia y la dirige: “en El somos nos movemos y existimos” (Hech 17,28). Vamos buscando el querer de Dios, en cuanto entendemos que la vida personal, de la comunidad, de la institución antes que ser un proyecto nuestro es un proyecto que el Señor nos encomienda y vamos realizando, pero cuyos elementos se nos van dando a conocer poco a poco y siempre a través de mediaciones. Se identifica esta actitud con el “vivir la vida como vocación”.

La búsqueda de la voluntad de Dios

Tarea de la existencia cristiana.

Esta vocación se realiza en el día a día de la existencia. El cristiano responde a ella en la búsqueda de la voluntad de Dios. La tarea fundamental del discernimiento será precisamente la búsqueda de lo que Dios quiere de mí, de nosotros en este momento concreto, en esta decisión que debemos tomar, en la orientación que es necesario dar a nuestro quehacer institucional o comunitario. La clave del discernimiento estará en aprender a buscar para encontrar esa voluntad de Dios. Aprender a escuchar su voz y entender su lenguaje. Esta voz de Dios escondida muchas veces en los acontecimientos no es una palabra que se queda en sí misma sino que tiende a realizarse. Estar abiertos a la escucha de Dios constituye el núcleo de la actitud de discernimiento espiritual que conduce a una decisión.

El don del Espíritu prometido por Jesús nos empuja y nos orienta a *buscar* con pasión la presencia de Dios en nuestro entorno social y a escuchar en él su palabra. El mismo Espíritu nos permite *encontrar* en la actitud y la acción del discernimiento esa presencia, entender su palabra, acoger su voluntad.

Buscamos porque Dios sale a nuestro encuentro.

San Ambrosio decía a San Agustín, “la verdad sale a tu encuentro”. El presupuesto es, por tanto, que Dios desea comunicarse, quiere hablarnos, quiere transmitir su voluntad y la podemos conocer. Una convicción de los autores bíblicos es la de que Dios está constantemente emitiendo señales hacia nosotros. Así Ezequiel decía en el siglo VIII antes de Cristo: “Hijo de hombre, mira con tus ojos, escucha con tus oídos y pon tu corazón en todo lo que voy a mostrarte” (Ez 40,2). El precioso salmo 19, nos habla de que el cielo narra, la noche susurra, el firmamento pregona, el día trasmite (v 2). Y Juan dirá en su prólogo que “en el principio existía la Palabra...” (Jn 1,1), y llegada la plenitud de los tiempos, Dios se hace Palabra humana, se comunica en nuestro lenguaje, podemos hablar con El en un lenguaje común. Dios es ante todo comunicación. Por eso, el gran imperativo a Israel es: *escucha ¡¡* y el peor reproche profético, es el del embotamiento de su corazón, y la no escucha de la palabra de Dios. Esto puede suceder entre nosotros en lo que podríamos llamar el “síndrome” de Emaús: oímos pero no

³ Cito en este contexto el Documento de Caritas Española *Criterios de discernimiento* que se presenta en esta 70ª Asamblea General (junio 2013).

escuchamos; oímos pero no nos comunicamos,... estamos puntualmente informados, pero no nos enteramos de lo que esa información significa, tenemos todos los datos, pero no sacamos las verdaderas conclusiones, los interpretamos desde nuestra situación y estado de ánimo.

El combate interior.

Necesidad de la vigilancia.

Esta referencia a los discípulos de Emaús nos muestra que no es fácil interpretar los signos y el lenguaje de Dios, precisamente porque son problemáticas las mediaciones, las concreciones son frecuentemente ambiguas y discutibles; pero sobre todo porque son imprevisibles los costos que conlleva la acogida de la voluntad de Dios y la desconcertante lógica del evangelio que implica su realización. Llevar por tanto a buen puerto ese deseo de Dios, tomar la opción que Dios quiere en este o aquel asunto tropieza con resistencias, dificultades, y engaños, sutiles a veces. También Jesús, inmediatamente después del bautismo fue tentado por Satanás (Mt 4,1-11; Lc 4,1-13; Mc 1,12-13), para abusar de su poder mesiánico, desviándolo del fin para el cual el Padre se lo había concedido. Se confronta el proyecto salvador del Padre con el proyecto mundano del Enemigo. En otra ocasión, el mismo Jesús llamará Satanás a Pedro cuando quiere desviarle del plan que el Padre le había encomendado y que conduce a la gloria por la pasión. El “modo humano” de Pedro excluye la pasión y solo acepta el triunfo mesiánico (Mc 8,31 ss).

Estas experiencias de prueba y tentación se repiten en la vida del cristiano, pero también, y no debemos olvidarlo, en el acontecer y el quehacer de las comunidades, los grupos, y las instituciones. La libertad es difícil de practicar. No solo porque tropieza con obstáculos externos, sino porque hay en nosotros obstáculos más sutiles aún. El Espíritu de Dios no es el único que trabaja en nosotros, alguien más ejerce también su influjo. Efectivamente, en todo quehacer por el Reino se confrontan no solo los valores y fuerzas antievangélicas que hay en la sociedad y en la cultura en que vivimos, sino que también en nosotros mismos hay un combate entre el impulso del amor y el del egoísmo como apego a nosotros mismos y resistencia a salir de sí. La lógica antievangélica internada en nuestro corazón se manifiesta en afán de riqueza, prestigio, protagonismo, deseo de poder, dominio, cuidado de la propia imagen... y está más dentro de nosotros de lo que pensamos. No podemos ser ingenuos. Pero además, la fuerza de ese “mal espíritu” radica en su habilidad y sutileza, en su capacidad de engañar; eso es lo que le hace verdaderamente fuerte y temible. Nunca reconoceremos, ni siquiera ante nuestra conciencia, que buscamos el poder y el prestigio, o nuestros intereses personales cuando estamos defendiendo una alternativa concreta en una toma de decisiones; la enmascaramos con mil razones⁴.

Pensemos en Caritas y en algunas tentaciones sutiles de este “mal espíritu” que pueden tener lugar: dejarse llevar de una vanagloria por los abundantes reconocimientos sociales y políticos frente a un debilitamiento del carisma profético; más preocupada por el aumento del número de atenciones que por la construcción en ellas del Reino, preferir el más a lo mejor, la cantidad a la calidad que siempre será cercanía a las personas que se atienden y que trabajan en la Institución...o algo más de fondo: disminuir la atención al análisis de la realidad y en consecuencia, dejarse deslizar por ella acriticamente...

⁴ Cf. Darío Mollá, *Discernimiento y Vida Cristiana*, folletos CON EL, n° 2204, octubre 1999, p. 25

Hay, pues, que tomar en serio la existencia del combate espiritual, como ha comentado el Papa Francisco en varias ocasiones. El evangelio nos advierte que “el espíritu es fuerte, pero la carne es débil”, y por ello sugiere la necesidad de mantenerse despiertos y pedir no ceder a la tentación (Mc 14,38). La vigilancia que nos recomienda Jesús (cf Mt 26,41) pertenece a la actitud propia del discernimiento. Para San Pablo el discernimiento es parte imprescindible del dinamismo de la existencia cristiana. Reconoce su necesidad y pide que se les conceda a sus cristianos. Así escribe a los filipenses: “Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento verdadero y en todo discernimiento” (Fil 1,9); ora pues para que los cristianos de Filipo tengan la habilidad de discernir en medio de las circunstancias en las que puedan encontrarse. Para el Apóstol el discernimiento es la virtud del tiempo de la Iglesia; esto es, del tiempo del Espíritu. El Espíritu que es el elemento constitutivo de nuestro ser de cristianos y el principio dinámico y la norma de toda acción. Por eso es el Espíritu el que concede el carisma, el don del discernimiento (cf 1 Cor 12,10).

Una espiritualidad para discernir en el Espíritu.

No necesita mucha justificación entender la necesidad de una espiritualidad para la actitud y el hecho de discernir. Si se precisa obviamente una profunda espiritualidad para ejercer el ministerio de la caridad y animar la caridad en la comunidad⁵, el discernimiento que ilumina y hace posible en el Espíritu la toma de decisiones en orden al ejercicio de ese ministerio, la necesitará de un modo especial ⁶.

Una espiritualidad encarnada

Todo discernimiento en el Espíritu será posible solo desde la vivencia de una espiritualidad de identificación con Cristo; un discernimiento que tenga por objeto tomar decisiones en el ámbito de la acción social y caritativa, como es el de Caritas, tendrá como referencia una espiritualidad que ponga especialmente de relieve unas actitudes y un estilo de vida que estén en sintonía con el misterio de un Dios que se hace hombre en Jesús de Nazaret; es decir, con una *espiritualidad encarnatoria*: un Dios que con absoluta libertad y por amor se hace hombre, esclavo y servidor de la criatura, elige la pobreza y se sitúa en los márgenes de la sociedad hasta morir ajusticiado en una cruz. (cf Filp 2,6).

En esta espiritualidad se acentúan diversos y complementarios aspectos que se traducen en actitudes, motivaciones, criterios de actuación para la vida cristiana que hacen posible el discernimiento espiritual. Trataré de presentar solo algunos de ellos que considero más propicios para motivar la actitud y la acción del discernimiento espiritual para la acción caritativa y social.

Una espiritualidad de seguimiento e identificación con Cristo.

En el discernimiento tenemos necesidad de que el Espíritu nos haga revelación de la persona de Jesús, porque solo contemplándola, el Padre revelará su voluntad sobre nosotros; solo en la contemplación de Jesús será posible elegir según la voluntad de Dios. Nuestro discernimiento será siempre un discernir desde Jesús; lo que quiere decir, desde el deseo y la vivencia del seguimiento y la identificación con Aquel, que hizo de su existencia un cumplimiento de la voluntad del Padre; (cf Jn 4,31-34) se trata de un

⁵ Vicente Altaba, *La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social*, Caritas, Madrid, p.13

⁶ Para el tema de la Espiritualidad de la acción social puede verse: Vicente Altaba, o.c.; Darío Mollá, *Espiritualidad en la acción social*, Mensajero Bilbao 2011. Idem, *Espiritualidad en la acción social*, Folletos CON EL, nº 7, 2013.

vivir “con El y como El”, estar profundamente afectados, apegados, a sus valores, sus actitudes, sus preferencias.

A nivel humano toda elección, cualquier toma de decisiones, está condicionada por la escala de valores que habita en el corazón de la persona que elige; toda opción aunque parezca espontánea, se hace desde un cuadro de referencia afectivo, que no se elige ni construye en cada ocasión, sino que está ya presente y es fruto del modo concreto de nuestro vivir y actuar. Es como un presupuesto previo que está ahí en el fondo de la persona y actúa sin que apenas lo advirtamos. Pero nuestros afectos, nuestra sensibilidad pueden estar o no evangelizados; pueden estar o no en sintonía, “afectados”, “apegados” a la Persona y los valores de Jesús, a su evangelio.

Una espiritualidad integradora

Desde una espiritualidad concebida desde el misterio del Dios encarnado, “el servicio de la caridad no puede caer en la tentación de disociar o contraponer acción y contemplación, compromiso y oración, lucha por la justicia y vida espiritual, como si se tratara de realidades independientes y hasta contrapuestas”⁷. Y es que el Espíritu que ungió a Jesús para anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos (Lc 4,18-21), es el mismo Espíritu que anima el principio de la acción socio caritativa y alienta el alma de su identidad.

Una espiritualidad concebida así será siempre integradora frente a la frecuente tentación de disgregar y contraponer espiritualidad y compromiso, fe y justicia, fe y servicio de la caridad. Así dice Vicente Altaba en su escrito *La Espiritualidad que nos anima*: “Nuestra acción caritativa y social no se sostiene en sí misma y por sí misma. Dice relación intrínseca a dos polos de referencia que hemos de tener siempre presentes porque son los que, conjuntamente, le dan sentido y consistencia. Estos son el Espíritu del Señor, que nos hace testigos de su amor, y la realidad de los pobres...”⁸. Y un poco después expresa la consecuencia de esta fuerza integradora del Espíritu: “una espiritualidad cristiana da calidad humana y nuevos horizontes a la acción social, y ésta puede y debe ser en sí misma una auténtica experiencia espiritual cuando se realiza desde la vida en el Espíritu”.

Toda espiritualidad cristiana tiene su origen y está fundada, en la fuerza del Espíritu, nace del Espíritu y conduce al seguimiento y a la identificación con Jesús, el Dios encarnado, y consecuentemente su dinamismo nos lleva a amar a los hermanos, a reconocer en el prójimo la presencia de Jesús: “cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (cf Mt 25, 40). Orienta además y abre perspectivas y posibilidades nuevas en el servicio de la caridad, respondiendo a las urgencias y necesidades que las circunstancias muestran.

Una espiritualidad de comunión

Pero este Espíritu es además la fuerza que crea la comunión y nos hace sentirnos miembros vivos y activos de un mismo cuerpo. La caridad será siempre obra de la comunidad. Es toda la comunidad la que está llamada a vivir y a practicar la caridad, precisamente porque el Espíritu le hace sentirse en comunión estrecha con todos los hermanos. Juan Pablo II ha expresado con gran belleza y a la vez de un modo exigente lo que significa esa espiritualidad de la comunión que propuso como “un principio

⁷ Vicente Altaba, *La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social*, Caritas, Madrid, p.15

⁸ Vicente Altaba, *ibidem*, p. 16

educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagrada y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades” (NMI 43). La espiritualidad de la comunión, afirma el Papa, es la capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como un regalo de Dios: “un don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente” (NMI 43)⁹.

El Papa Francisco ha abordado desde el inicio de su Pontificado el tema del Espíritu como creador de armonía en la comunión eclesial. Así decía en su homilía en la fiesta de Pentecostés. “El Espíritu Santo, aparentemente crea desorden en la Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones: sin embargo bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la armonía.... Cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división” (19 mayo 2013).

Una espiritualidad de talante contemplativo.

Desde una espiritualidad encarnada la persona es centro de toda acción social y caritativa. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y ahí nace toda su dignidad y grandeza. Pero a esta gozosa verdad se añade la realidad sorprendente de que Dios en Jesús, se hizo carne nuestra, (cf Jn 1,14), como dice Juan Pablo II en *Redemptor hominis* “mediante la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre” (13), de tal modo que lo que hacemos al otro se lo hacemos al mismo Cristo.

De aquí nace ese talante contemplativo tan importante en toda forma de vida cristiana, pero que se hace indispensable cuando nuestra vocación cristiana se realiza en el día a día de la acción social¹⁰. Este talante contemplativo hará que nuestra sensibilidad se vea “afectada” y nuestro amor a los pobres sea de verdad amor; es decir, si no nos “dejamos afectar” el amor a los pobres acaba siendo fórmula, retórica, tópico... Dejarse afectar conmueve las entrañas, y lleva a sufrir con los que sufren, a llorar con los que lloran, y a gritar con aquellos a los que no se les permite hablar. De este modo los pobres entran en nuestras vidas.

Este talante contemplativo nos recuerda desde qué perspectiva, desde qué óptica debemos mirar al mundo en toda tarea caritativa y social. Nuestra mirada al mundo y a su complejidad, no puede ser desde otro ángulo que no sea el de la persona humana.

La realidad nos entra por los sentidos y estos están habituados a seleccionar automáticamente aquello que nos interesa. Hay muchas realidades que “no vemos”, que “no oímos”, que “no nos gustan”, que “no nos huelen bien” o que “no tocamos”. Otras, en cambio, sí vemos, oímos, nos gustan, nos huelen bien, y tocamos o nos dejamos tocar por ellas. Lo que acabamos amando y termina organizándonos la vida es lo que deseamos con el corazón y lo que aceptan nuestros sentidos. El trabajo en Caritas no respondería a la dimensión evangélica si no tiene, en alguna manera, una presencia y una cercanía compasiva a las personas en las situaciones de marginación e injusticias en que viven.

El talante contemplativo por tanto, nos enfrenta con el desafío de saber mirar a las personas, mirar a los pobres, mirar a los inmigrantes, mirar a los refugiados... mirar a

⁹ Vicente Altaba, *ibidem*, p. 58

¹⁰ Darío Mollá, *Espiritualidad en la acción social*, Folleto CON EL, n. 7, 2013, p. 8

las prostitutas. Necesitamos cultivar, como se ha dicho, una “mística de ojos abiertos”.¹¹ Mirar para descubrir el misterio que encierra cada vida, cada corazón. Una mirada que les restituye su dignidad de persona humana, de hijo de Dios. El Papa emérito, Benedicto XVI, titulaba su mensaje de cuaresma del año pasado: “Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras.” El P. Arrupe pedía al Señor que “le enseñase su modo de mirar”. Y es que Jesús mira a cada uno como si solo existiera él, con una mirada siempre nueva, una mirada conmovida que le lleva a la compasión. El evangelio nos habla repetidas veces que se le conmueven las entrañas al ver el sufrimiento de los más pequeños y pobres. Aquella mujer pecadora pública que se atrevió a romper el muro social, entrar en casa del fariseo donde Jesús comía y llorar a sus pies, se había sentido mirada por Jesús (cf Lc 7,36ss).

Presupuestos desde la libertad interior: la docilidad al Espíritu.

Es claro por lo dicho hasta aquí, que en el discernimiento es necesario dejar un amplio espacio a la actuación del Espíritu. La decisión no es el fruto de un esfuerzo voluntarista. La decisión se descubre, no se fabrica y el Espíritu nos la va mostrando. El proceso del discernimiento, como hemos tenido ocasión de sugerir, tiene en cuenta todas nuestras facultades y considera los datos y los diversos análisis de la realidad, pero en definitiva es el Espíritu el que hace luz en la voluntad para elegir una opción concreta. Esto significa que en todos los que participan en la búsqueda existe una serie de condiciones espirituales que garantizan y hacen fructífero este proceso de decisión.

Docilidad al Espíritu:

Es lo opuesto a las actitudes “iluminadas”, la autosuficiencia que debilita la búsqueda en común, con la pretensión de buscar y encontrar en solitario la voluntad de Dios. Se viven como no necesitados de buscar, ni aprender. No escuchan a Dios ni a los demás, porque ya lo saben todo; antes de iniciar el proceso de discernimiento tienen claro lo que hay que decidir, lo que debemos hacer en la situación concreta en que nos encontramos, qué opción debe tomarse, etc. Parecida es la actitud del que quiere, aún con buena voluntad, hacer prevalecer dentro del grupo su parecer por creerse mejor informado o capacitado. Es aquí donde puede existir uno de los mayores engaños.

Apertura a las sorpresas del Espíritu.

En este tiempo, estamos viviendo magníficas experiencias de la sorpresa de Dios: la renuncia de Benedicto XVI, y la elección del Papa Francisco. ¡ qué sorpresa! Sería bueno que en la Iglesia todos sacáramos la conclusión de que es posible la sorpresa del Espíritu: que Dios habla así a su Iglesia y a cada uno de nosotros. Frente al “atado y bien atado”, dejarse sorprender por el Espíritu, que viene no sabemos de dónde, ni a dónde nos puede llevar. (cf Jn 3,8) Todo lo hace nuevo... mis caminos no son vuestros caminos... (cf Is 55,8)

El discernimiento en común conlleva esa apertura a la sorpresa del Espíritu que nos puede llegar a través de nuestros hermanos/as. Aquí está siempre el problema: abrirse a una palabra de Dios que tiene rostro humano, nombres y apellidos... historia, defectos...

La indiferencia: la libertad del espíritu.

Ante todo digamos que es un don del Espíritu. San Ignacio pide que “Dios me ponga en indiferencia”; un don que tenemos que suplicar no solamente para cada uno en

¹¹ Cf JB Metz, El clamor de la tierra, Estella 1996, citado por Vicente Altaba, ibidem, p. 29

particular, sino también para el grupo que discierne, porque todo él debe situarse en indiferencia. Un grupo o un equipo en discernimiento no es nunca el resultado de la suma de los individuos que lo integran; tiene un “plus” que le añade el estar atravesado por el Espíritu.

La indiferencia no consiste en la inmovilidad del fiel de la balanza. No se renuncia a los pareceres o razones que tengo a favor o en contra de una de las alternativas propuestas a la elección. El único afecto que debe extinguirse es el apego desordenado que obstaculiza la libertad para la elección. Cada miembro del grupo y el grupo como tal, están en indiferencia si se sienten revestidos de la libertad que lleva al convencimiento de que Dios y su voluntad es lo primero y de que todas las demás cosas, las que se están eligiendo también, no son sino medios para ir hacia El. En otras palabras, se trata del reconocimiento de que en el centro de nuestra vida hay un único absoluto que es Dios. Todo lo demás es relativo.

Discernimos desde nuestras situaciones personales.

No podemos olvidar que cada uno va al proceso de discernimiento con la carga de sus propias situaciones e investido por sus actitudes personales, y sería ingenuo pensar que ellas no van a influir en los pareceres que formule y en las decisiones que tome. Tampoco se puede pretender que no esté afectado por ninguna situación o circunstancia, pero sí que sea consciente de ellas y de cómo pueden quitarle la libertad interior. Las situaciones pueden tener aspectos humanos, psicológicos, religiosos, espirituales, comunitarios, referidos o no al grupo y a la institución al que este pertenece; actitudes de mayor o menor compromiso, de sintonía o desacuerdo con los planes y orientaciones de la institución etc. Con frecuencia esto forma parte de nuestra realidad, aunque nos cuesta reconocer que estamos viviendo bajo el influjo de una situación concreta que debilita o determina nuestra libertad para la elección.

Recordemos brevemente el pasaje de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Unos discípulos que aman a Jesús, que se han ilusionado con Él, dejaron todo, le siguieron, permanecieron en el tiempo, vieron sus milagros, escucharon sus enseñanzas... pero en este momento están en una situación concreta: tristes, desolados, sin comprender, en oscuridad, hasta alejados de la comunidad, se han ido. Tienen una información de primera mano: han oído a Pedro, a Juan, a la Magdalena; pero la interpretación de esos datos que hablan de la resurrección de Jesús, está totalmente condicionada por la situación en que viven después de la muerte de Jesús; solo aciertan a decir “nosotros esperábamos”.

Esto nos puede pasar cuando iniciamos un discernimiento. Vamos con nuestra propia mochila, viviendo nuestras circunstancias particulares; se hace necesario un examen con profunda sinceridad delante de Dios. Es algo previo a todo discernimiento en común. Es casi como una exigencia implícita de todos los que disciernen; se pretende que todos estén en la misma situación de libertad. Y algunas de esas situaciones pueden traducirse en actitudes que dificultan la disposición de libertad requerida para el proceso del discernimiento comunitario. Habrá que purificar lógicamente cualquier situación de bloqueo que pudiera existir en las relaciones interpersonales por envidia, celos, competitividad,... que lleva a la incomunicabilidad entre algunos de los miembros del grupo.

Claro que se no puede cambiar estas situaciones en pocos días, pero se recomienda vivamente tomar conciencia de ellas y de su influjo en las decisiones. Será necesario, por tanto, abrirse a la sinceridad de Dios y reconocer cuál es la situación del corazón.

Actitudes más propias para un discernimiento comunitario.

Como el discernimiento personal tiene unos presupuestos necesarios, también el comunitario se funda en unas premisas que aseguran su posibilidad y su rectitud. He aquí algunas de ellas:

El discernimiento es posible como *experiencia fuerte de fe*, no solo personal, sino también del grupo. Es un acto de escucha y de confianza en Dios, que guía a los individuos y a los grupos, a la historia en definitiva; que manifiesta su voluntad sobre la acción concreta de este grupo o comunidad por su Palabra, a través de la Iglesia, de los signos de los tiempos, de las situaciones y circunstancias concretas; y de modo particular en el discernimiento, a través de los hermanos/as que disciernen juntos. Es Dios el que interpela a la comunidad sobre su identidad y su misión. El grupo debe vivir así el “nosotros” de la fe y estar abierto a la fe de la Iglesia entera.

La *búsqueda* de esta voluntad ha de hacerse *desde el espíritu de Dios*, desde el espíritu del Resucitado, no desde nuestro espíritu particular. El grupo deberá abrirse al Espíritu que le “guiará a la verdad completa” (Jn 16,13). Por eso el discernimiento decimos que es espiritual, es decir, que se hace en el Espíritu y bajo su influjo. El grupo se abre al Espíritu cuando se pone en indiferencia, esto es, cuando desea vivir en la dinámica de purificación del corazón; cuando cada uno se abre a la posibilidad de ser completado por los otros. Esta actitud de apertura al Espíritu evita que en la búsqueda común se rompa la unión de corazones; y hace posible que los fuertes se hagan débiles escuchadores y los débiles sean escuchados.

La oración que hace el discernimiento propiamente tal y no una simple deliberación¹², debe vivirse no solo a nivel personal, sino también a nivel comunitario, en una relación filial con Dios que haga sentirse a todos hermanos e hijos de un mismo Padre.

Sentido fuerte de pertenencia al grupo que discierne y al cuerpo apostólico más amplio en el que aquel se integra, como por ejemplo, desde las caritas diocesanas a la Confederación. Pertenencia afectiva y no sólo jurídica o administrativa. Se trata de la experiencia de comunión en el Espíritu que es la que nos hace sentirnos miembros vivos y activos de un mismo cuerpo, la que nos hace participar de una misma familia humana (cf 1 Cor 12, 4-30)¹³ La comunión, como he dicho antes, funda el sentido de pertenencia que nos hace corresponsables y sentirnos “dentro” del cuerpo y no en sus márgenes, gozar y sufrir con él y sus miembros; que me interesen y me importen sus situaciones, su presente y su futuro. Si tengo posiciones críticas las expreso desde “dentro” buscando solo el bien del cuerpo y no otros intereses.

Actitudes para la escucha.

En el discernimiento en común es esencial la escucha, ya que nos disponemos a escuchar lo que Dios quiere del grupo o de la comunidad a través de la escucha honda de lo que cada uno manifiesta. Pero esto no es tan fácil como parece. Significa dar

¹² Darío Mollá, *Espiritualidad de la acción social*, o.p. pag 10.

¹³ Vicente Altaba, *ibidem*, p. 57

cabida en nosotros a los demás, sus puntos de vista, sus convicciones. Es una actitud de respeto a la persona de los demás porque la verdadera escucha exige estar en disposición de cambiar de opinión cuando escuche las opiniones de los demás. En realidad, aceptar que los demás nos cuestionen: aceptar que el Señor nos hable a través de este o aquel, esta o aquella. Esta disponibilidad desenmascara nuestras ambigüedades y prejuicios; verifica si algunas de nuestras seguridades son auténticas o falsas, si de verdad buscamos lo que Dios quiere o, sin manifestarlo, nos buscamos a nosotros mismos o queremos que prevalezcan nuestras propuestas.

Esto no significa evidentemente que yo no tenga un criterio personal sobre los asuntos, que no haya hecho un esfuerzo de estudio y reflexión para tener un pensamiento propio. Significa que soy consciente de que estamos en un proceso de discernimiento en común, que me abro a la escucha del Señor, que estoy de verdad buscando la voluntad de Dios; que yo no tengo toda la verdad, sino que la compartimos entre todos.

Diversidad de posibles formas de escucha.

Hay formas de “escucha” que no son auténticas disposiciones para la búsqueda en común. Hay una *escucha blindada*. “Ya te conozco demasiado bien” y pongo mis barreras. También hay una escucha *dialéctica*: escucho tus argumentos para rebatirlos; no ha acabado de hablar y ya se me han ocurrido treinta respuestas. Escucha de *maestro a discípulo* que tampoco es propia del discernimiento, donde todos somos discípulos en la escucha del Espíritu. Hay una escucha en la que *nos oímos* nosotros en el otro y seleccionamos aquello que me confirma en mi postura.

Escuchar, en cambio, implica disposición a recibir, paciencia para admitir el ritmo del otro, capacidad de encaje de lo inesperado y lo sorprendente, fina elegancia para valorar un contenido torpemente formulado.

La escucha necesaria, pues, es una escucha *vulnerable*: estoy dispuesto a que lo que escuche cambie mis pre-comprensiones, mis prejuicios. Una actitud que reconozca en todos la capacidad de conocer la verdad, de ser mediaciones que nos transmiten la voluntad de Dios. Y cuando decimos *todos*, entendemos *todos* los que participan; y no hacemos una clasificación previa de los componentes que valoramos según las capacidades intelectuales, la experiencia, la preparación... o el grado de simpatía o antipatía que tiene con mis modos de entender las cuestiones, ...es de mi grupo..., de los “nuestros”.

Podríamos recordar aquí el Modelo de Acción Social de Cáritas que habla de la acción social como “un diálogo de sujetos” y de la participación de las personas empobrecidas, de los voluntarios etc. cada uno evidentemente según los momentos, los lugares, las personas. Sin olvidar que la “escucha vulnerable” es necesaria en todos los niveles de las organizaciones, como Cáritas, aunque esto no quiere decir que sea de igual manera, ni con la misma responsabilidad para todos sus componentes.

Conclusión

Podríamos concluir con una síntesis inspirada en una de las páginas más originales y evangélicas de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio que sirven de ayuda para prepararse a una buena elección. (EE.EE. 136ss)

Dos lugares

Nuestros proyectos se pueden discutir en Babilonia y se pueden di alogar en Jerusalén.

En *Babilonia* siempre hablamos desde fuera, porque es el lugar al que no pertenecemos. Es el lugar del exilio, de la cautividad, donde no hay comunión. No somos iguales, mayores y jóvenes, conservadores y progresistas, los del norte y los del sur, modernos y postmodernos constituyen siempre *dos nosotros*. En Babilonia las diferencias son excluyentes, la discusión es divergente.

En *Jerusalén*, estamos en casa. Nos congrega el Señor que nos ha convocado y nos dio la ciudad. La conversación es convergente, se dialoga, se respeta y acoge la diversidad. Solo hay un nosotros. Un solo corazón y una sola alma

Dos estilos

Hay dos actitudes de fondo que se transforman en dos estilos: hablar desde la cátedra: defendiendo posturas, prepotente, defendiendo la propia verdad, sin la más mínima duda, investidos de la verdad.

O el estilo de Jesús: en la fila de los pecadores; sencillo y humilde, que propone, escucha, comparte. Y por eso la gente comenta admirada: “jamás hombre alguno habló como este hombre habla” (Jn 7,40).

Un grupo en el que todos hablan desde la cátedra difícilmente logrará la paz y será totalmente estéril.

Dos actitudes

Oración humilde y confiada

Para no ser engañados necesitamos una luz que viene de lo alto; una luz que no viene de nosotros, para conocer los “engaños luminosos”, las “falsas luces”. Necesitamos pedir la gracia para defendernos de ellos y saber desenmascararlos en nosotros y en el grupo.

La actitud del que se cree lúcido

Convencidos de que nuestras posturas o soluciones son las verdaderas y eficaces. Que no vamos a ser engañados; ni siquiera nos situamos en la posibilidad de serlo.

Dos referencias imprescindibles

El Señor Jesús

En todo discernimiento no puede faltar la referencia explícita a Jesús, el Señor; a la pasión única por Cristo y su causa, al proceso apasionado de identificación con Cristo. Todo ello es esencial para nuestra misión caritativa y social, y conlleva el vaciamiento de *mis a priori* sin lo cual no es posible discernir.

El mundo

La segunda referencia será una mirada excéntrica al mundo, una mirada que nos saque “fuera” de nosotros mismos y nos lleve a las periferias. Un talante contemplativo que se concreta en una mirada que es capaz de atravesar las apariencias y que huye de la superficialidad de las primeras impresiones y de los juicios precipitados. Si el mundo no nos afecta así, si no dejamos que los pobres entren en nuestras vidas y las conviertan, no es posible discernir lo que Dios quiere de nosotros en la acción caritativa y social.